

Por favor, rebobinar

Soledad Marambio



Llevo varios meses leyendo y pensando sobre memoria (guardarla, perderla), identidad (el proceso de su construcción, lo que la sostiene y la desafía) y envejecimiento (cómo éste se relaciona, toca, interfiere, se hunde e ilumina a las dos anteriores). Por esas cosas de la vida y la muerte, llevo en esto —en el trabajo académico que me lleva a estas lecturas— la misma cantidad de tiempo que ha pasado desde que murió mi papá. Inevitablemente, una cosa se vierte sobre la otra. A veces trato de separarlas, de dejar la muerte de mi padre en un cajón de mi cabeza para que no se escape en cada momento. No siempre resulta. Vuelve, aparece, de formas distintas. Puede ser pena, curiosidad, alegría porque se fue de la mejor manera posible: lúcido, tranquilo, rodeado de gente que aún lo ama. Imposible no sentir alivio por su muerte después de leer el registro de las partidas dolorosas de las madres de Simone de Beauvoir y Annie Ernaux, por ejemplo. La derrota y la humillación física en la primera, la pérdida de la memoria en la segunda, la soledad y tristeza de las instituciones para ancianos en las dos. La muerte de mi padre vuelve también, a veces, como certeza nefasta de que no hay nada después de la vida, o como sospecha —¿esperanza?— de que tal vez haya algo inimaginable, porque no creo en dios, pero sí en la complejidad y maravilla del universo que nos contiene. Polvo de estrellas. Algo así.

Vuelvo a los libros, a De Beauvoir, a Ernaux y al registro salvaje que dejan de la partida. Libros escritos con furia y con el deseo de fijar un nombre y una presencia, de entender quién es la que salía del mapa, de dejar algo de esas madres que no se pierda en el tiempo. Algo parecido es lo que hace Chantal Akerman en su última película, donde sostiene, guarda, a esa madre frágil y querida que se está yendo frente al lente y a la hija que la seguirá pronto. Y los padres. “¿Qué es un padre? / Sueño que todavía lo tengo”, pregunta Tamara Kamenszain en “El ghetto”, donde busca, rescata, fija y entierra al suyo. “Y si voy a mirar el río, / ¿vas a ser el río?”, pregunta Sonia Scarabelli en “El arte de silbar”, donde busca, encuentra y vuelve a perder a un padre que parece haber quedado en todas partes. “Hola, ¿cómo estás?”, le pregunto a veces a la foto de mi papá que tengo en la biblioteca, una foto en la que está eternamente —hasta que



los químicos se decoloran— feliz, sonriendo con todos los dientes, que son sus dientes, los de una tía, los de mi hermana chica, mis dientes. Después de que se murió esos pequeños gestos de continuidad genética se han vuelto tesoros y pruebas de existencia. Estoy, estamos, y hay tanto que nos acerca. Además, está la memoria, que llega sola y a la que otras veces convoco, buscando algún gesto, palabras, olores que me lo devuelvan por un rato. Escribo con pedazos

de recuerdos al padre que quiero conservar y en ese mismo ejercicio reconstruyo parte de mí, el cómo fue ser su hija. Porque no hay una sola manera, no. La narrativa cambia tal y como puede cambiar la mirada. Elijo la manera de contarme escenas —qué sentí, qué pensé— que antes me contaba de otro modo. Lo hago porque he crecido, porque ahora además de hija soy madre, porque me he cambiado de países un par de veces, porque mi yo se construye y reconstruye todo el tiempo, porque, como dice el neurofisiólogo colombiano Rodolfo Llinás, una es lo que recuerda ser. No hay otro yo que ese, dice Llinás, y por eso, podemos seguir, la importancia de la narrati-



Para Llinás, que ha pasado la mayor parte de sus más de 80 años estudiando cerebros, no hay mente, ni otro yo que el que nos armamos a punta de relato”.

va de la memoria. Somos esa narrativa. Qué contamos y cómo contamos fabrica el ser que presentamos antes los demás y también ante nuestra propia conciencia. En el documental “Llinás, el cerebro y el universo”, de Gonzalo Argandoña, el neurofisiólogo explica que nuestra memoria es secuencial, avanza, como todo el sistema nervioso, en el mismo sentido que el universo, hacia adelante. “Si nos imagináramos el tiempo retrocediendo sería muy difícil describir...”. Describirnos. Vamos atrás para desde allá, desde lo pasado, desde lo que fuimos, escribir una narrativa coherente con la persona que somos. Lo mismo hacemos con la narrativa familiar, levantar un contexto en el que tengamos sentido, nuestros “yo” con sus penas, alegrías, logros y fallas. Nuestra alma, nuestra mente, nuestro sistema nervioso, según quien mire. Para Llinás, que ha pasado la mayor parte de sus más de 80 años estudiando cerebros, no hay mente, ni otro yo que el que nos armamos a punta de relato. Para él, somos cerebro, un sistema funcional que se mueve con una complejidad abismal y magnífica. Como el universo y su polvo de estrellas.

Ignacio Sánchez D.
Rector,
P. U. Católica de Chile



Terremotos e imágenes religiosas

Se ha inaugurado la XI muestra de la Colección Gandarillas de arte colonial americano en la UC, la que aborda la historia del estudio de imágenes, en especial cuadros de Cristo crucificado, que en medio de catástrofes y momentos de inseguridad devienen en imágenes milagrosas. Cruzando diferentes saberes, esta muestra ofrece una investigación de imágenes milagrosas surgidas de la devoción popular tras la ocurrencia de grandes movimientos telúricos en el área sur andina, y sobre la particular forma de percibir las catástrofes. La riqueza iconográfica de esta colección permite estrechar lazos entre países vecinos e indagar entre las disciplinas que constituyen el saber.

Durante el siglo XVI ocurrieron fuertes sismos en Chile y Perú, los que están dentro de los más devastadores de la historia, que fueron dando forma, de cierta manera, a la cultura de devoción a los cristos milagrosos. En Perú, las magníficas pinturas del “Señor de los Temblores”, de la Catedral de Cusco, nos contactan con el trágico terremoto de 1650, que destruyó la ciudad, salvo el edificio de la Catedral y la imagen del Cristo en ella albergada, transformándose en patrono de la ciudad. Estas pinturas nos muestran la fe intensa y la variedad imaginativa de esa fascinante y trágica imagen del Cristo de los Temblores: al centro la misma figura hierática y doliente de rostro moreno, profusa heridas y largo faldón blanco sobre sus tibias enflaquecidas; cambian sus andas, su ornamentación y sus acompañantes. La experiencia chilena con los terremotos y las imágenes que cambian su iconografía y devienen protectoras bajo un culto local es tres años anterior, por un sismo tanto o más trágico. El terrible terremoto de Santiago en mayo de 1647 levanta, en medio de la postración y la muerte, la figura de un crucificado de la iglesia de San Agustín de Santiago. Este Cristo salva enhiesto y sin lesión, transformándose en símbolo de acogida, esperanza y reconstrucción bajo el nombre de “Señor de Mayo”, del cual se resguarda el cuadro en tela que permanece en el convento de las carmelitas. Esta nueva muestra es un aporte cultural de la UC a través de esta gran Colección Gandarillas del arte colonial americano, que esperamos propicie una reflexión de la cultura y la devoción religiosa que compartimos los países del área sur andina.